

protagonista, escucha este tipo de música en el bar *Los Lobos* y la considera expresión de “la incapacidad [de los latinoamericanos] para elaborar como adultos los más elementales duelos afectivos, los más nimios conflictos sentimentales” (pág. 13). Una página después se arrepiente de esa definición, evoca con nostalgia a sus amigos del bar y decide que sus palabras, “más que otra cosa, narración, cuento o novela, son una canción sobre las canciones de los lobos”.

En menos de un minuto se ha transformado una problemática en un homenaje. Lo que sigue a continuación no es menos portentoso: Luis Enrique conoce a Carmen, mujer fatal y vampira que bebe un coctel llamado *Sangre de diablo* y sólo tiene relaciones con hombres casados. En consecuencia, Luis Enrique finge una felicidad conyugal que lo convierte en un hombre irresistible. No contento con su mentira, al poco tiempo contrae matrimonio con Marta, la hija de un potentado, y de esa forma se hace rico y famoso, pero sucede que su mujer lo aburre y quiere volver a su amante, y cuando está a punto de lograrlo, lo descubren en el engaño: su amante lo deja, su esposa lo abandona a sus propios recursos y es entonces cuando decide alcanzar la inmortalidad escribiendo *Mi sangre aunque plebeya*. La moraleja es evidente: la obra muestra al mentiroso atrapado en su propia mentira o al macho conquistador vencido por las mujeres que pretendía conquistar. Lo curioso es que Luis Enrique no parece muy arrepentido, como que la experiencia no le ha servido de nada y su derrota parece obedecer menos a una convicción del autor que a la necesidad de cierta injusticia poética que no es poética ni justa ni cierta.

Tal vez en esto consista la felicidad de folletín que ofrece la novela, la presentación ejemplificante de un mundo tan pequeño, que en él las coincidencias resultan inevitables y casi incestuosas, de tal forma que Carmen termina casada con el suegro de su amante mientras éste afronta una vida de penalidades económicas como castigo a sus engaños. Nada cambia la mecánica de esta lección moral, en nada inquieta al lector que

transcurre bovinamente por sus páginas. Su problemática, si la tiene, es una problemática de revista femenina, complaciente e ilusoria. El único argumento que puede aducirse en defensa de la novela es que su narrador resulta tan lobo y superficial como los demás personajes y, por tanto, la frivolidad de las páginas que escribe es la condición de su verosimilitud. Esta indulgencia de una literatura con sus propios asuntos es perturbadora. Atemoriza pensar que lleguemos a aceptarlo todo tan dómicamente, que la literatura no diga nada y sea otra de las formas de la complicidad. Acaso, con cierta melancolía, debamos reconocer que en una literatura de lobos el bovino es el lector.

EDUARDO JARAMILLO Z.



Un tratado de pasiones

Metropolitanas

R. H. Moreno-Durán.

Montesinos Editor, Barcelona, 1986,
176 págs.

Cansados de la pesadez de ciertos deberes filosóficos o narrativos, esa imagen grandilocuente donde la modestia y timidez del creador se desdoblaron hasta volverse a veces insoportables maniqués, caricaturas de sí mismos (pensemos en Tolstói, pensemos en cierto Voltaire filósofo

—cuando lo que nosotros amamos es su *Cándido*— y pensemos en las desgraciadas solemnidades de un Sartre), se hace necesario a ratos volver al juego para exorcizar falsos deberes, intelectualismos y máscaras y alcanzar otra vez el espacio de la risa, el *clac* y el *shick* de los vasos en la taberna, el emocionante rostro amado en la primera luz del alba. ¿Exorcismo he dicho, o sano regreso a las fuentes de la vida? Por eso decir divertimento —corramos a aclararlo en un medio tan sombrío como éste— no significa necesariamente hablar de superfluidad o ligereza. Alcanzar la risa, el refinamiento son tareas ineludibles cuando se quiere sacar la patria común —y no sólo la literatura— de los bostezos de la provincia oficial, del sopor característico del medio intelectual universitario, de la pedantería de las señoras que ofician en los lugares donde se mata la cultura o de los muchachos que envejecieron prematuramente matando el gusanillo de la ficción en nombre de “un deber histórico”.

Metropolitanas, de R. H. Moreno-Durán, es un despliegue afortunado de la imaginación propia del deseo en libertad. Cuando la imaginación libre de esos supuestos deberes, de la sumisión irrestricta a la aldea natal, evidencia el hecho de que escribir es ante todo dar carta de ciudadanía a otras geografías, a los otros escenarios que sin vivir a veces sí hemos vivido porque conocemos en detalle, ya que el cine, la televisión y el sucederse de los sueños han incorporado a nuestra propia vida esas vidas que se despliegan en nosotros sin intimidad posible, precisamente porque desde nuestra circunstancia somos partícipes de su realidad íntima que es ya la nuestra. De Robert Louis Stevenson a Proust, de Nabokov a Tabucchi la narrativa ha indicado ese camino de autonomía o, mejor, de liberación de servidumbres hasta alcanzar por fin el derecho al espacio de toda temática posible. Derecho donde se parapeta ahora el porvenir de volver a narrar, de que la narrativa nos haga entender de una vez que nada tiene que ver con la prensa amarilla, la crónica política o la estadística de machetes, duelos, bobos o

cantantes populares de que se nutre nuestro sainete nacional.

En *Metropolitanas* Moreno-Durán se aleja 190° de estos escenarios y servidumbres para darnos a cambio los inolvidables retratos de estas mujeres de quienes el pedestre realismo de los últimos años nos hizo creer lejanos, como si el agua y el jabón, como si la *finesse* y el *savoirvivre*, el refinamiento nos fueran eternamente negados en nombre y deber de aquella malhadada imposición histórica, de una supuesta fatalidad tercermundista. Que el deber de un escritor es solamente con el mundo que trata de acreditar nos lo recuerda, en el caso de *Metropolitanas*, Moreno-Durán, y lo hace de manera brillante, con ternura, con sagacidad mordaz, con ironía y, desde luego, con un endemoniado pero discreto despliegue de conocimiento de la carpintería narrativa hasta lograr que estas mujeres —“Madame Bovary, *c'est moi*”— se queden para siempre en la memoria de nuestros atribulados corazones como una vívida galería de situaciones, coyunturas emocionales, adioses que lo convierten en un agudo tratado de pasiones.

De este modo la narrativa recupera su capacidad de exigencia estética, o sea de capacidad de iluminar aquello que se vive tratando de vivirse como reclamo de vida. Al menos yo puedo confesarlo: he salido de este libro con el corazón en ascuas, no sólo por lo que reconocí en él de aquello que las mujeres me han dado sino por lo que todavía me resta frente a ellas de ilusión y compañía, de desdicha, de adioses y consuelo.

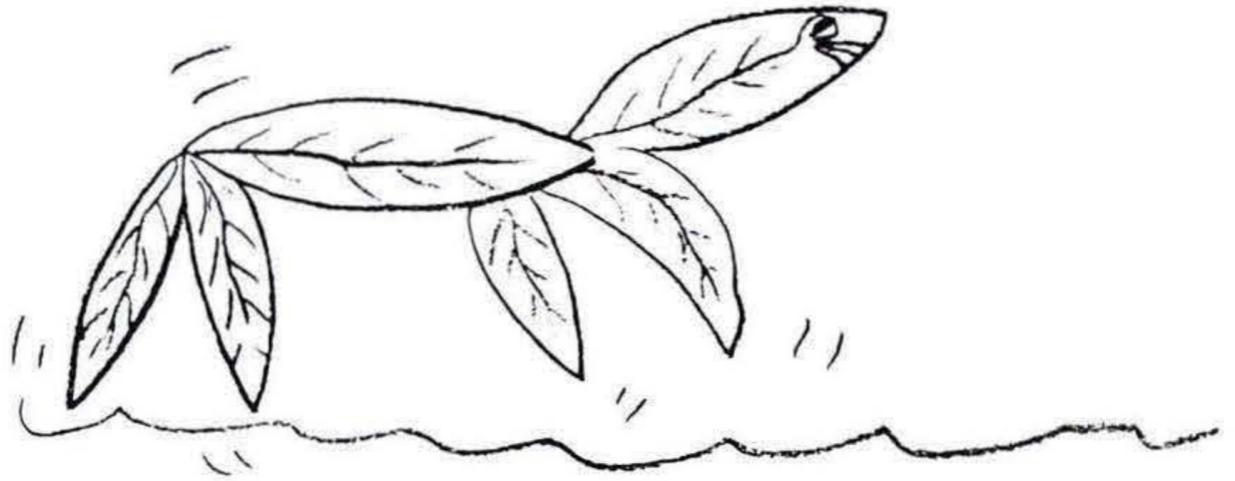
DARIO RUIZ GOMEZ

Muchachas picantes

De ciertas damas

Carlos Lleras Restrepo.
Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá,
1986, dos vols. 360 y 385 págs.

Si el lector quiere unas lecturas amenas, poco extensas, deliciosamente



informativas e incluso capaces de volver a despertarle el interés por la historia, la mejor obra para sus vacaciones será *De ciertas damas*. Su publicación es otro acierto de la Fundación Simón y Lola Guberek.

Estas reseñas de Lleras ofrecen una prosa correcta y no por ello tesa. Al contrario, se trata de páginas mucho más fluidas y brillantes que no pocos de los editoriales políticos y económicos del expresidente, a menudo demasiado densos para la generalidad.

En *De ciertas damas* se recoge una buena muestra de los compendios de biografías de mujeres famosas que Lleras ha publicado en el semanario Nueva Frontera desde el decenio pasado. Y constituye buen ejemplo de lo que se puede hacer en el campo del periodismo cultural en Colombia. Frente a la odiosa invasión de chismes sobre femeninos personajes de hoy, tan característica de otras revistas que circulan entre nosotros, Nueva Frontera ha optado por tratar, con gracia, tacto y altura, de la vida y milagros de mujeres en verdad interesantes. Cumple así con la misión de divulgar temas con frecuencia desconocidos, al tiempo que presenta un cuadro de lo que se produce entre escritores, periodistas e historiadores de Italia y Francia.

¿Quién se oculta tras las reseñas de Lleras? Un periodista que lo es airoso y veloso, como quiera que en su producción ha tratado tanto del déficit fiscal como de las intimidades de Clara Petacci y Benito Mussolini. Se muestra, además, un liberal colombiano, de los formados a comienzos del siglo, educado, sí, en un liceo de sacerdotes, pero franco, realista y dispuesto a reconocer, por ejemplo, los desvíos que abundan durante

algunos pasajes de la historia de las jerarquías católicas, en especial durante los siglos XV y XVI. Se muestra, en fin, un liberal en su actitud con respecto a la mujer: delicado, admirador, enamorado, incluso devoto, pero siempre con un dejo de paternalismo, una diáfana cortesía y mucha sensatez.

Destaca la preferencia del expresidente por la condesa de Castiglione¹. La reseña de su biografía es la más extensa y detallada, tal vez porque la Castiglione participó de manera activa y decisiva, como ninguna otra de las mujeres cuya vida se escudriña en *De ciertas damas*, en una de las pasiones de quien reseña: la política. La belleza florentina desempeñó papel fundamental en el proceso de unificación de Italia, así como en las conversaciones que se adelantaron para dar fin a la guerra franco-prusiana. Nacida para brillar, Virginia, de corazón duro hasta para con su hijo, y de fría mirada, comenzó a hacer noticia en su mundo desde los diecisiete años, cuando empieza a centrar sobre sí la atención de los hombres de Estado de Europa; y la de sus pueblos. Y esa vida llamativa, frenética y pródiga sólo menguará al llegar los años difíciles.

No exagera quien reconoce que ella aportó casi tanto a la causa de su nación como el célebre conde Camillo di Cavour. Lleras escribe esta reseña con admiración, sí, pero con alguna distancia; y hasta con pavor, si se compara su idea de la Castiglione con lo que expresa luego sobre Clara Petacci, su Claretta².

1 Massimo Grillandi. *La contessa di Castiglione*, Rusconi, Milán.

2 Roberto Gervaso. *Claretta. La donna che morì per Mussolini*, Rizzoli Editore, Milán, 1a. edición, abril de 1982.